

Autobiografía gelmaniana

(Extractos de entrevistas)

"El único argentino de la familia soy yo. Mis padres y mis dos hermanos eran ucranianos. Emigraron en 1928. Mi padre era un socialrevolucionario que había participado en la revolución de 1905. Yo no lo supe sino mucho después, en 1957, cuando encontré en Moscú a dos tías y a una prima que aún vivían en la casa de madera donde mi padre se había refugiado, y de la que debió escapar porque la policía del zar le pisaba los talones. Después anduvo por otras regiones de Rusia, vaya a saber por dónde, hasta que decidió ir a Buenos Aires. Llegó por primera vez en 1912, escapando del servicio militar.

Con un pasaporte falso partió hacia Génova. Ahí supo que zarparían dos barcos: uno hacia Nueva York y otro a Buenos Aires. El de Buenos Aires salió primero y en él se fue. Vivió en la capital argentina hasta que regresó a su tierra de origen, en los inicios de la revolución rusa, Volvió esperanzado porque eran momentos de cierto pluralismo. Como todo mundo sabe, los espacios se fueron cerrando.

Lo que lo desilusionó fue, sobre todo, la expulsión de Trotsky del Partido Comunista y su destierro en Alma Ata, en la frontera de Manchuria. Aunque él no era trotskista en absoluto, admiraba a Trotsky y pensaba que con su salida de escena se terminaban las últimas posibilidades de un debate democrático en la Unión Soviética. Entonces se fueron todos con pasaportes falsos, inaugurando así la tradición de pasaportes falsos en la familia. Mi hermana tenía tres años.

Él era obrero ferroviario, carpintero. En 1928 volvió a Buenos Aires con mi madre y mis dos hermanos mayores. Ahí siguió de carpintero y luego de pequeño comerciante. (Ella) había sido estudiante de medicina en Odesa. Era hija de un rabino metido en su shtetl, un pequeño pueblo judío donde fungía como juez de paz. Era una especie de santo que se alimentaba de té y pan. Muchos años después, en la poesía norteamericana de los años 20, encontré la referencia del té y el pan en la boca del poeta judío.

Mi infancia está muy lejos, en el barrio de Villa Crespo, en Buenos Aires. Nací ahí porque en un momento tan delicado como un alumbramiento quise acompañar a mi madre. Corresponde a un caballero estar con una mujer querida en una zona difícil como el parto... Mi infancia también está llena de cosas que no viví. Por ejemplo de historias extraordinarias y terribles que mi madre me contaba, como el día aquel en que los cosacos quemaron todo durante un pogrom y mi abuela entró en la casa en llamas para salvar a sus hijos. Perdió uno. Cada vez que había peligro, mi abuelo sacaba una arquilla con un pergamino de mil setecientos y corno en el Génesis leía: "El rabino tal engendró al rabino tal que engendró a tal.." Él era el último de la lista. Cuando existía una amenaza, la lectura del pergamino les otorgaba cierto sentido de continuidad y supervivencia.

Mi padre era uno de esos obreros de la Rusia revolucionaria que sabía de todo: economía, historia, ciencias políticas. Lo que ahora se llamaría un tipo culto. Mi madre... amaba la música, nos hacía estudiar piano.

Nunca nos encerraron en un gueto, ni cultural ni nada. Esos años de mi vida coincidieron con la segunda guerra. Hice, por ejemplo, mi bar-mitzvah, porque hacerlo se llenaba de sentido en medio de la matanza de judíos en Europa. Pero no recibí ninguna educación religiosa. Lo que más recuerdo de mis trece años fue que me regalaron las obras completas de Sholem Aleijem. Mis padres, que no nadaban en la abundancia, ahorraban centavitos y una vez al año nos llevaban al Teatro Colón. Ahí escuché a Brailovsky, cantantes de

primera línea, óperas con espléndidos elencos. Al mismo tiempo llevaba una intensa vida de barrio, un barrio pobre y agresivo.

Me enamoré de una vecinita ... Me encantaban sus rodillas sucias. Me salían versitos de amor, rimados.

Me enamoré de Ana, que tenía once. Al principio yo le mandaba versos de Almafuerite. como si fueran míos. Se reía mucho...entonces traté de intentar mejor fortuna.

De niño recuerdo todo lo que se hizo en favor de los republicanos durante la guerra española, las pintadas en el barrio y nosotros, los pibes, juntando el papel plateado de los chocolates porque se creía que con eso se fundía el plomo para las balas de los republicanos; pero también el problema de la guerra mundial que en mi casa se vivía con intensidad y todo lo que ocurrió después: el golpe de Estado del 43, el advenimiento del peronismo y el golpe del 55. Es decir que había todo un clima, un contexto de efervescencia social muy grande en todos esos años que sin duda impregnó nuestra actitud practicante.

No recuerdo cuál fue el primer poema que escribí, pero sí cuál fue el primero que publiqué. Vivíamos en Canning y Vera, y desde muy chico, desde los ocho años o tal vez antes, leía mucha poesía. La poesía era como una hipnosis; me atraían los sonidos por un lado, y por el otro el misterio de algunas palabras incomprensibles... Boris leía mucho. Fui saqueándole a mansalva la biblioteca. Tenía, él también, algunos libros en ruso.

Tenía once (años). Yo leía esa revista (se refiere a Rojo y Negro) cada vez que me caía en las manos porque tenía unos cuentos de aventuras buenísimos. En cada número traía una sección de filatelia y otra de espontáneos. Muchas veces traté de sobornarlos mandándoles cincuenta, sesenta estampillas pero me rechazaban el poema. Hasta que una vez, por fin, me publicaron. Era, por supuesto, un poema de amor imposible... decía, más o menos: "Al amor, sueño eterno y poderoso,/ el destino furioso lo cambié".

Tenía entonces un sueño extraordinario, que se repitió durante más de dos años. Yo era paje de una corte e improvisaba versos maravillosos que, por supuesto, olvidaba al despertar. Al acostarme, dejaba lápices y papeles junto a la cabecera de la cama, pero jamás pude acordarme de un solo verso.

A los doce años leí Humillados y ofendidos (de Dostoievski) y caí dos días con fiebre. En mi casa había un patio y, al fondo, una escalera de chapa que llegaba a la pieza donde dormía mi hermano. Un domingo fui a su cuarto, tomé el libro, y me lo devoré de cabo a rabo. (Leía) sobre todo a los clásicos españoles: Garcilaso, Quevedo, Góngora, Lope de Vega... pero el primer poema que escuché fue un poema de Pushkin, en ruso. Se lo oí a mi hermano, que recordaba todavía algunos versos de Pushkin. En ese momento descubrí la poesía "dicha".

Recuerdo que mi padre me regaló, cuando cumplí 12 años, la obra completa de Sholem Aleijem... Empecé robándole versos a Almafuerite.

Mi padre era un lector voraz. Mi madre, por su herencia rabínica, tenía un modo de entender la vida donde la pobreza existe, sí, es un hecho, pero ahí no se acaba el espíritu humano. Crecí con una vida repartida: la del colegio donde me rozaba con gente de otras clases y la vida del barrio en el que, de paso, hice el escalafón completo: billar, mujeres, organillos, fútbol, milonga y esas cosas.

Yo fui milonguero desde los 15 años. En aquel mundo de entonces el baile me interesaba mucho. Borges dice que el tango es una manera de caminar. Yo no lo voy a corregir, pero me parece que es una manera de conversar. Frente a una muchacha que no conocés es la mejor manera de iniciar una buena conversación. Luego la conversación pasará a otras regiones distintas, al baile, las inevitables preguntas sobre el otro. Por eso creo que la milonga es una forma de conversar, un diálogoailable.

Llegó un día en que me declaré a mí mismo poeta. Abandoné entonces la Facultad de Química. Además estaba enamorado y dejé todo. Me puse a trabajar de camionero, transportaba muebles, fui vendedor de partes automotrices y, a través de las facturas, descubrí el paso del lápiz a la tinta y de la tinta a la máquina de escribir. Pienso que el paso a la computadora ya no lo podré dar.

(...) me acerqué al núcleo de una revista que salía en los años 50 que se llamaba Muchachos. También había narradores como Damato y Cronda y el poeta David Álvarez Morgade.

*Uno se pasa años escribiendo sin pensar que va a publicar, simplemente escribiendo porque tenés necesidad de hacerlo. Había un grupo de muchachos, no todos poetas, que me alentaron para publicar. Con otros poetas, Héctor Negro, Julio C. Silvain, Di Taranto, estábamos todos en la misma. Editábamos *El Pan Duro*, para autopublicarnos. El sistema era la venta previa de bonos; cada bono valía un libro y con ese dinero imprimíamos. Se decidía entre todos cuáles eran los libros que iban a aparecer, el orden y todo lo demás. Lo extraordinario es que no había competitividad entre nosotros y en votación se decidió que Violín y otras cuestiones fuera el primero en salir, luego apareció el de Héctor Negro. También empezamos a realizar lecturas públicas de poesía. Fue después del golpe del 55, en el teatro La Máscara. Ahí conocí a Raúl González Tuñón, una vuelta que lo habían invitado. También hacíamos lecturas en clubes de barrio, en bibliotecas públicas, en distintos sitios.*

*Seguro que escribo poesía de puro holgazán, porque la ventaja de los versos es la brevedad. El poema es corto, las líneas son más cortas. Sin embargo una vez intenté hacer una novela, y llegué hasta la página treinta... Creo que se iba a llamar *El diario del poeta* o algo así. Era una especie de farsa. Y también hice un libro de cuentos, allá por el año 1967 o 1968. Pero éste era ante todo un ejercicio personal relacionado con toda mi búsqueda poética e idiomática de ese momento. No sabría decir si eran exactamente cuentos. Digamos que eran textos, que en parte se perdieron.*

Mis viejos vinieron de Ucrania. Judíos los dos, mi madre pertenecía a una familia de rabinos en la cual el cargo se iba heredando al hijo mayor. Mi padre, en cambio, era de una familia humilde, de oficio carpintero. El se había casado una primera vez y con su esposa habían tenido dos hijos. Uno de ellos, el mayor, Boris, que tendría mucho que ver con mi gusto por la poesía. Mi papá llegó por primera vez a la Argentina en 1912 o 1913, antes de la guerra. Su mujer y sus hijos habían quedado allá en Ucrania. Cuando se produjo la revolución rusa, mi viejo (activo militante en la revolución de 1905), volvió a su patria a reunirse con su familia. Pero le impidieron entrar al país. No hay que olvidar que había una guerra de 18 países contra la revolución rusa. Entonces, trato de que su mujer y sus hijos pudieran salir. Arregló todo para cruzar un río y escaparse en un botecito. Pero en el medio de la travesía se les dió vuelta el bote y su mujer y su hijo menor murieron ahogados. Boris se salvó porque un soldado se tiró al agua y lo sacó de los pelos. Después, mi papá y Boris decidieron quedarse. Allí, mi padre conoció a una muchacha estudiante de medicina en Odessa y se casó con ella, mi madre. Tuvieron otro hijo y en 1928 decidieron irse de la Unión Soviética. Mi padre se fue desilusionado de la URSS. Siempre se hablaba de la inmigración blanca, pero mi viejo formó parte de la inmigración obrera que se retiraba de la revolución rusa por no ver los cambios profundos que se decían. Llegó a la Argentina en 1929 y en 1930 nació yo, único argentino de esa familia.

Mi primer recuerdo es de muy chico. Tenía un perro que se llamaba Negrito. Una tarde se había escapado y yo salí a buscarlo. Me veo sentado en medio del empedrado de la calle, llorando al lado del cadáver del Negrito, arrollado por un coche. En esa época, cuando por las calles de mi barrio, Villa Crespo, pasaba un coche, todos los vecinos salían a aplaudir. ¡Pucha! Qué mala suerte la del Negrito. Boris, un gran lector, me recitaba poemas de Pushkin en ruso. Yo tenía cinco años y no entendía nada. Claro, no sabía ni media palabra en ruso. Pero Boris me recitaba y yo quedaba fascinado con aquellas palabras raras pero llenas de musicalidad, de ritmo. Pienso que aquellas lecturas de mi hermano definieron mi posterior amor por la poesía. Yo le asaltaba la biblioteca, llena de aquellos libros de ediciones Thor.

Esos libros tenían, como máximo, creo que 196 páginas. Y cuando la novela superaba esa cantidad, igual terminaba ahí. A los ocho o nueve años, enamorado de una vecinita de once, empecé a mandarle poemas para que ella se fijara en mí. Como no los escribía todavía, copiaba versos de Alfonsina Storni y se los mandaba. Pero la seducción no dió resultados, así que pensé que iba a tener que escribir mis propios poemas. Y arranqué, contando sílabas con los dedos, como decía Marechal. De todos modos, jamás pude enamorar a esa chica. De ese desplante y de ser hincha de Atlanta, me quedó la tristeza para toda la vida. Empecé a estudiar Química pero largué. Primero, tenía que laburar para poder comer. Y, además, porque pensé que la poesía también era una forma de la química que me interesaba más. Y, allá a los veinte años, decidí meterme de lleno en los versos. Claro que no era sólo cosa de estar escribiendo todo el día. Iba al café, donde la barra se dividía entre los hinchas de Atlanta y los de Chacarita, jugaba al billar, discutíamos a los gritos. También despuntaba el vicio en los picados que se armaban en las cortadas del barrio. Me batían "El pibe taquito". Me perdía miles de goles por partido, pero nunca dejaba de usar el taquito para empujar la pelota. Siempre creí que me salía lo más bien, pero teniendo en cuenta las puteadas de mis compañeros, parece que no rendía mucho para el equipo. Amigos de entonces, del barrio: Isito, el Buby, Carly, Rubén, el Pelado, la barra. Crecimos juntos. Y, aunque después me metieron en un colegio nacional egregio, como lo es el Nacional Buenos Aires, seguí viéndolos. Incluso después de casado seguía en contacto con el barrio. Con "los muchachos". Pero, a veces, muy de vez en cuando, me parece entender como cambia la edad de los muchachos con el paso del tiempo. Ahora, cuando le digo a mi esposa que voy a ver a "los muchachos", ella me mira como diciendo: "¿Muchachos?". Es sabido, las mujeres no entienden de esas cosas. Ellas creen que uno crece.

En el colegio era un buen alumno. No extraordinario, pero hacía los deberes, me manchaba los dedos con tinta más de lo que ponía en las hojas de carpeta. En el Buenos Aires estudiaban los hijos de los militares y de los oligarcas. Yo no era ninguna de las dos cosas y, además, era judío. Pero nunca me jodieron mucho. Lo que no creo que sea una casualidad es que, después de clase, yo volvía al barrio, a Villa Crespo, al bar y al billar, a la milonga, a "los muchachos" que no iban al Nacional. Por esa edad, quince o dieciséis años, conocí el centro. Contar lo que me pasó, como a cualquier otro pibe, sería escribir un tango. Y soy malo escribiendo tangos. A los quince me metí en la Juventud Comunista. Había un club en el barrio y yo estaba metido de lleno ahí. Era tiempo de Perón, y la barra se dividió en dos: estaban los peronistas y estábamos los "democráticos". Era curioso, por momentos llegábamos a no hablarnos. ¡Quince años y ya con rivales ideológicos! Pero no odiaba a los peronistas. En realidad, nunca rompí con esos muchachos ni ellos conmigo. Nos unían historias comunes: noviecitas, milongas, horas de bar. Había un gran amigo peronista que se llamaba Alfredito, el hijo de la pollera. Pensándolo bien, todos somos hijos de la pollera. Pero él era hijo de una mujer soltera que trabajaba en el mercado vendiendo pollos y gallinas: la pollera. La cuestión es que Alfredito fue el que nos enseñó a bailar el tango a toda la barra. ¡Cómo te ibas a

pelear con Alfredito! Alfredito tenía una nariz extraordinaria y unos anteojos culo de botella que eran el hazmerreír. Pero se levantaba a todas las minas porque bailaba como los dioses. Una vuelta, con los años, volví al barrio y me enteré que Alfredito se había ganado la grande dos veces y se había convertido en prestamista. Y a los que más jodía con los intereses era a los amigos. Pero todos seguían queriéndolo. Fútbol, café, billar, la milonga donde íbamos a algo más que a bailar. A esas cosas que se hacen pero no se dicen. La adolescencia era eso. Y la militancia en el colegio. Claro que también despuntaba ya la poesía. La poesía tenía que ver también con los amigos y con la creación del grupo El Pan Duro. De un modo mas o menos natural coincidimos en ese grupo varios reos que escribíamos: Héctor Negro, Hugo Di Taranto, Somigliana. Nos reuníamos y organizábamos recitales. Al final decidimos editarnos. Cada uno presentó un libro, entre los cuales eligieron primero el mío, Violín y otras cuestiones. Vendíamos bonos por cada libro antes de ser editado. Y el viejo Gleizer, que ya no publicaba, nos prestó su sello.

Conocí a Raúl González Tuñón en un recital que hicimos en el teatro La Máscara. El escribió el prólogo de mi libro. No sé si lo aprendí, pero Raúl González Tuñón me enseñó la finura. Una finura extraordinaria. Él vivía modestamente de su trabajo en el diario Clarín como crítico de arte. Y nunca lo vi en una actitud resentida. Era un apasionado. Cuando se produce la ruptura URSS-China, él estaba con China, sólo porque Mao escribía poesías mientras que Krushev era hijo de molineros. Amigos, amigos dentro del Partido Comunista éramos Andrés Rivera, Portantiero, José Luis Mangieri, el Oso Smoje. No es una casualidad que casi todos nos fuimos juntos. Algo raro: a mí me echan del PC por haberme ido. ¡Caso serio! Había una discusión: yo era el corresponsal de la agencia china en el país y la dirección del PC quería que yo largara. No entendía: para mí China seguía siendo una revolución, aunque no estuvieran alineados con la Unión Soviética. Yo no discutía la cuestión internacional, discutía la línea política nacional. Y llegó un momento en que no había discusión posible. De modo que les escribí a los chinos diciéndoles que si querían la agencia, yo me iba con mucho gusto. Ellos me contestaron que de ninguna manera, que querían que me quedara. Y me fui del partido en mayo de 1964. Un mes después, el secretariado general decidió expulsarme. Parece que es la costumbre de todos los partidos comunistas. Una vez, en París, el alcalde de un pueblito me invitó a comer junto a un poeta del PC francés. Este poeta quería que le contara al alcalde cuál había sido la verdadera causa de mi expulsión. Yo le conté, y el alcalde, muy suelto de cuerpo, dijo: "Naturalmente, es lo normal".

No tenía pensado militar en otro lugar. Formábamos un grupo que se preguntaba qué hacer, para dónde ir. Portantiero, con un sector de la juventud universitaria comunista, crearon Vanguardia Socialista, pero yo no entré. Fueron unos años sin mayor adscripción partidaria. Después, claro, se produjo la muerte del Che Guevara, la derrota en Bolivia, y decidí entrar a las Fuerzas Armadas Revolucionarias, las FAR. Y al poco tiempo se produjo la fusión con otras entidades guerrilleras. Creía en una revolución en el país. Una revolución no sé si posible, pero indudablemente necesaria. Una revolución que por 1973 me parecía al alcance de la mano. El New York Times publicó que ningún movimiento guerrillero tenía tanta aceptación popular como la que había obtenido Montoneros en la Argentina. La muerte del Che fue un dolor extraordinario. Mucha gente en todo el continente había depositado en su figura una enorme cantidad de esperanzas. Con el tiempo, comenzamos a analizar lo que pasó, los riesgos del foquismo, esas historias. Pero en ese momento era un símbolo, no sólo para quienes estábamos interesados en la revolución o en la lucha armada. Por ese entonces, yo trabajaba en Confirmado, donde incluso gente de derecha no podía

dejar de lamentar su muerte: por su ejemplo, por su integridad, por haberse jugado la vida por sus ideas. Hoy puede parecer algo simple, pero no lo era tanto en ese momento.

Por ese entonces, Paco Urondo y yo teníamos la misma edad: 42, 43 años. Rodolfo Walsh era un poco mayor que nosotros. Veníamos con una experiencia detrás. La organización Montoneros nunca tuvo una ideología unificada. Convivían muchos matices, muchas posiciones. Rodolfo era un tipo de una claridad y una lucidez muy grandes. Y duro, no en el sentido personal, sino en no hacer concesiones con la ideología o la línea. Paco era más flexible. Pero convivíamos todos: literaria e ideológicamente. Hasta el momento en que Rodolfo se aleja de la organización y comienza a mandar documentos críticos a la conducción que no le daba ni cinco de pelota. A Paco lo mandaron a Mendoza, donde lo iban a matar poco tiempo después. Los dos estaban escribiendo. De Paco se perdió un libro completo, del que salieron algunos poemas en Crisis. Rodolfo estaba escribiendo una novela, tenía varios cuentos y pensaba hacer un libro de semblanzas de los amigos. Todos teníamos muchos proyectos literarios. Sólo tuve contacto con Galimberti o con Firmenich recién en el exterior. Y en el exterior se tiene un tipo de praxis muy diferente. En el país, el referente es inmediato, y una equivocación se nota enseguida. Pero eso no impidió que rompiera con Montoneros. Para mí era necesario hacerlo. Estaba esa locura de la contraofensiva. Se decía en 1977 o 1978 que la dictadura era un boxeador groggy y que sólo era necesario meterle un sopapo para liquidarla. Era arriesgar la vida de muchos compañeros en el exilio, y yo no podía estar de acuerdo con eso. Claro, no me echaron porque me fui: me condenaron a muerte. Una ligera diferencia. Condenado por los dos lados: la Triple A y los Montoneros. ¡Qué cosa rara! Yo era una especie de happy hour para la condena a muerte.

Siempre supe que la poesía no tenía temas prohibidos. El tema de la poesía es la poesía. Por supuesto no escribiría un poema a Hitler, ni siquiera para putearlo. Por eso sigo escribiendo todos los días, siempre de noche. Claro que escribir poesía no es una mera cuestión de voluntad. Cuando me toca me toca, y no hay vuelta. Hubo un momento, en París, en que me tocaba todas las noches. Estaba enloquecido con lo que escribía. En aquel departamento yo tenía un gato al que le había enseñado a saltar al techo vecino desde la ventana de mi escritorio y de ahí a la calle. Todos los gatos del barrio estaban operados, pero este no. Y se montaba a todas las gatas de la cuadra con su acento latinoamericano. La cuestión es que mientras yo escribía, él se quedaba sobre el escritorio. Y cuando yo me iba a dormir, él se iba a lo suyo. Una noche se me ocurrió leerle. "Gato, te voy a leer algo que me gusta mucho." Era un poema largo de Anunciaciones. Arranqué y de inmediato el gato saltó disparado por la ventana. Pensé que era un ingrato. ¿Quién le daba de comer a ese gato: Borges o yo? Pero no, el gato era un crítico literario. El bichito me quería como persona, pero no como poeta. Viví la vuelta a la democracia desde París con muchas ganas. Estaba preparando la valija cuando un amigo me llamó para decir que no volviera, ya que el juez Pons tenía abierto un proceso contra mí. Si volvía, me encanaban. Y me seguí quedando. Proceso, captura recomendada, prisión preventiva si llegaba al país. Tuvieron que pasar más de cuatro años para que pudiera volver. Me molestó, claro, pero no me dije que a la Argentina no volvía más. No odio la Argentina. Son los militares los que se confunden creyéndose la Argentina. Yo nunca voy a confundir a los militares con la Argentina. Lo que sí noté, después de tantos años de exilio, los cambios en el país. Y, por supuesto, mis propios cambios. Uno cambia de condición en el exilio. Fue un periodo de mucha reflexión, y no solo de ideologías políticas. Había gente que tenía imágenes, a mi juicio, bastante simples: el exilio tiene una cara buena y una cara mala. La cosa iba mucho más allá: la cultura de la gente, los idiomas, los hábitos. Todo

eso va cambiando la forma de mirar. Olores y sabores hay en cualquier país del mundo. La Argentina tiene los propios, y puedo reconocerlos todavía, a pesar de los cambios míos y del país.

Entre los primeros exilios está alejarse de la infancia, que para muchos, es un lugar de cobijo, de albergue. En mi caso así lo fue, en cercanía con la madre, con el padre, con los asombros. Pero esto pasa, al volvemos adúlteros y adulto dejamos bien atrás ese país. El país de uno es ese, antes de perderlo antes de volvérselo duro, agreste. En todo caso sé que nada de lo escrito en el exilio está apartado del país, siempre estuvo lleno del país. Lo sigue estando. En realidad, es imposible sacar los pies fuera del alma del país. En el exilio escribí nueve libros de poesía y siempre la temática es el país, es la Argentina... La temática es la reflexión sobre esa derrota, que es el origen del exilio. Más que reflexión sobre el exilio es reflexión del proceso que condujo al exilio... el idioma italiano me jodía la oreja y en consecuencia la boca. El idioma italiano es muy dulce, es muy suave, tiene muchos vericuetos para acostarse y descansar... El lenguaje crea a la gente, por supuesto también es la gente quien crea el lenguaje. Yo me encontré en otro lenguaje, en otra cosmovisión y lo que hice para salvarme, para matar otros fantasmas para desinfluenciarme, fue escribir una serie de sonetos en lunfardo romano.

(En el destierro) me pasé cinco años sin poder escribir. El impacto del cambio fue muy grande. En el 79 empecé a escribir Si dulcemente, los poemas que están en Hechos y relaciones. Ahí se superpusieron dos fenómenos. Uno, el asunto del exilio; el otro, el idioma. Primero fui a Italia y el italiano es un idioma jodido, porque es muy líquido, muy flexible, se le mete a uno en la oreja. Para contrarrestar eso llegué a escribir sonetos en romano, pornográficos. Los muchachos de la agencia donde yo laburaba se morían de risa. Había inventado un personaje, el Nono, que decía las cosas más terribles. Después de unos treinta sonetos, más ó menos, corté. Tuve ese problema, el de quedarme colgado del contexto idiomático, que es extraordinariamente vivaz. A mí me decía Marechal que cuando él se iba del país no podía escribir, pues necesitaba estar entre su gente, oírlos hablar para poder seguir escribiendo. Esto parece ser una fórmula bastante general, pero no veo porque tiene que ser la de todo el mundo. En mi caso personal eso es una situación que influye, y más en la poesía, que la materia prima es la palabra, el habla del pueblo que es el que crea todos los idiomas. Pero, repito, que ese es el resultado de una cuestión personal. Es temprano para hacer valoraciones, sin embargo he podido advertir una característica de la poca literatura que conozco escrita en el exilio: no es una literatura de derrota, no es una literatura de autocompasión, donde predomina el sentimiento de la diáspora. Lo que predomina son otros criterios, la sensación de que estamos de paso.

No, no era el país que tenía en la memoria, ni es el país que yo tengo en la memoria. No siento nostalgia por el exilio. Hay momentos perdurables que pasé en el exilio, pero no quiere decir que extrañe el exilio. A mí me parece que es un castigo duro ese del exilio. Para los griegos, el destierro era un castigo duro, peor que la muerte. No sé si es exactamente así, pero sin embargo usted lo está sintiendo... La nostalgia de un país no es la nostalgia de los lugares que existen, no, las calles. Esos lugares físicos están llenos de la historia personal. La nostalgia del país en el exilio son muchas cosas: la época en que no nos habían derrotado, en que se podía creer en las luchas populares. De manera que esa nostalgia, ¿cómo calificarla? Personal-política (se ríe). Particulares desde el punto de vista de lo estrictamente personal. Por ejemplo, mi

madre falleció cuando yo estaba en el exilio. Y esos son golpes realmente duros, porque dan en la matadura.

Se trata (en los casos de San Juan de la Cruz y Santa Teresa) más bien de coincidencias con una visión exiliar. Además, creo que el tango tiene esa visión exiliar. Todas esas historias de la mujer que lo abandona a uno, del dolor que esto causa y de los demás pesares presentes en las letras de tango, son nada más que símbolos o representaciones de otros abandonos. Pero ¿soy el único exiliado de sus cosas? ¿Y la gente que no puede volver, por ejemplo, a los restos de los hijos que perdió?, ¿y la gente que no puede volver a la justicia que se le debe, al salario, a la cultura, a los servicios sanitarios, a la educación que se le debe y a la que no puede volver? Son millones los que están exiliados en el país. El olvido es una función de la memoria. Es una función muy difícil, por lo menos para ciertas memorias. Hay un regreso de la memoria al olvido y un regreso del olvido a la memoria. Esto es absolutamente inevitable; el regreso y el olvido se juntan ahí. El regreso fue., en mi caso, el reencuentro con muchos vacíos, y es así como la memoria regresa a sus vacíos, y también el encuentro con presencias inesperadas: la presencia del temor, pero a la vez memoria de lo que pasó y olvido de lo que pasó. No quise hacer peregrinaciones, pero los desplazamientos obligados por las cosas que tuve que hacer me llevaron a visitar muchos lugares, cafés donde paré, el barrio donde crecí, el colegio secundario donde estudié, casas donde vivieron amigos como Paco Urondo, que está muerto. Pasé por el barrio donde vivía mi hijo con su mujer, que están desaparecidos. Las ausencias que más noté fueron las de la gente que ya no está, y también la mía en relación a esos años y a esa gente. Es como si se cerrara un círculo en el mismo punto donde empezó, y como si todos esos años que estuve en el exterior de pronto no hubieran existido. Tenía miedo de encontrarme con el pedazo mío que fue y que se quedó aquí, en un país que ya no es como era entonces. Eso pasó y ahora tengo emociones encontradas, paso de la alegría a la pena con sorprendente rapidez, y a mis años ya no se debiera. A veces me acuerdo de ese soneto de Petrarca, es un fragmento de amor, donde él navega, describe las contradicciones del amor y en el último verso dice: "Tiemblo en verano y ardo en invierno". Acá estamos en verano y he temblado más de una vez... (Viví) la vida del desarraigado, del desterrado. Por lo menos en mi caso, cuando me fui de acá era grande, tenía 45 años, y lo que comprobé fue la imposibilidad, creo que bastante general, de integrarse en otra cultura, en otro país. Se puede vivir mejor o peor, pero lo que es imposible, en mi caso y en la mayoría de los que se exiliaron, es integrarse; de manera que se crea una especie de alucinación, los primeros años me pasaron cosas divertidas como esta: un domingo, en Roma, a las tres de la tarde, voy a visitar a un amigo y paso por el Coliseo, que se parece a la cancha de River, sólo que es más chiquito... El asunto es que era domingo, verano, y mucha gente lo visitaba; estaban los vendedores de helados, de globos, los pibes, todo eso, y de repente oigo ese pito y me dije: "empezó el partido ...", pero resulta que era el pito del guardián que estaba echando a unos pibes que corrían por las ruinas del centro... O ir cruzando una calle y ver la placa con el nombre de la calle, que era muy distinta de las que había en Buenos Aires; entonces decir "pero qué rara es la placa de esta calle", cosas de este tipo, reflexiones así, y lleva mucho tiempo admitir que realmente se está en otro país.

... Pienso que esto le pasó a la mayoría, incluso había gente a la que su negación del exilio lo llevó a no aprender el idioma a pesar de estar viviendo durante dos o tres años, hasta que empezó a deshacer las valijas del alma. Mi exilio terminó. No tengo ningún problema de tipo administrativo, judicial o policial para volver. El hecho de vivir en México es una elección. México es un extraordinario país, con una textura social

mucho más flexible que la Argentina. Allí me siento un extranjero y efectivamente lo soy. Se produce una situación de extranjería que está bien. Ahora, sentirse extranjero en el país natal es insoportable. Todos los exiliados conocen lo doloroso del exilio. A nadie le gusta que lo echen de su tierra, mucho menos cuando los que te echan son militares. Pero también hay otra forma de exilio: el interior. La cantidad creciente de analfabetos que hay en la Argentina muestra a los exiliados de la educación. Los que no tienen para comprarse un remedio, para ir al médico, son exiliados de la sanidad. Los que cobran una miseria son exiliados de un supuesto desarrollo.”